

Breve nota acerca de la presencia de la lengua asturiana en la revista madrileña *La Esfera* (1914-1918)¹

MARÍA BANGO RODRÍGUEZ

La Esfera es una publicación madrileña, de periodicidad semanal, surgida en 1914 y desaparecida en 1930. Perteneciente al grupo editorial Prensa Gráfica y dirigida por Verdugo Landi, fue una de las revistas culturales más prestigiosas de su tiempo. A su esmerada presentación formal (diseño, papel, colorido, reproducciones pictóricas y fotográficas...) une la presencia en sus páginas de las más importantes firmas del rico panorama literario del momento. Aunque algunos de estos nombres han quedado relegados hoy en día al ámbito de los estudios especializados, hay que tener en cuenta que en aquellos años gozaron de enorme popularidad y algunos de ellos, como el asturiano Andrés González Blanco -citado en esta nota-, fueron figuras que ejercieron gran influencia, tanto en el campo creativo como en el campo crítico; entre estos podemos citar a Felipe Trigo, Eduardo Zamacois, Emilio Carrere, Carmen de Burgos, José Francés o Andrés González Blanco; más conocidos en la actualidad son una serie de autores vinculados a diversos movimientos literarios de comienzos de siglo y que también colaboran en *La Esfera*, como por ejemplo Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró, Concha Espina, Wenceslao Fernández Flórez, Unamuno, Maeztu, Baroja, Villaespesa o Valle-Inclán; tampoco faltaron en las páginas de esta publicación las firmas de grandes autores del Realismo que aún seguían vivos, como Emilia Pardo Bazán o Benito Pérez Galdós.

¹ Esta nota acerca de la presencia de la lengua asturiana en *La Esfera* surge de un trabajo más amplio acerca de la participación de escritores asturianos en dicha publicación y cuyo marco cronológico se corresponde con los años de la Primera Guerra Mundial; así pues, tanto los materiales y comentarios referidos a las manifestaciones en asturiano o sobre el asturiano, como las observaciones acerca de la nómina de colaboradores, se basan en el estudio de los números correspondientes a esos cuatro años.

Dado que nos encontramos ante una revista de tirada nacional, parece lógica la casi total ausencia del asturiano en sus páginas. No obstante, hay que señalar alguna excepción importante: un cuento de ambiente asturiano -escrito por el salmantino José Montero-, algunas frases y palabras -siempre en boca de los personajes- en los cuentos de Andrés González Blanco, “Cantar y más cantar” -de Acebal- y un poema publicitario de Heno de Pravia.

En los cuentos de González Blanco, la presencia de vocablos o de algún giro lingüístico propio de nuestra región es mínima; se trata de pequeñas pinceladas de tipo costumbrista que no parecen tener más finalidad que la de enriquecer la ambientación². Martínez Cachero señala que se trata de un procedimiento habitual:

“Es práctica frecuente en los narradores asturianos cuando ofrecen personajes y escenas rurales y populares; no ha pasado desapercibido el hecho a X.Ll. García Arias: vid. pág. 25 de su *Antología de prosa bable* (Uviéu, Caja de Ahorros de Asturias, 1981; volumen nº 3 de la colección “Biblioteca Académica Asturiana”)³”

También Ramos pone de relieve este fenómeno, presente incluso en autores que cultivan la lengua autóctona:

“Muchos de nuestros poetas y literatos manifiestan, a lo largo de su obra, una conciencia de identificación plena entre el bable y lo rural; (...) el bable era el canal que reflejaba la estampa costumbrista de la vida de la aldea”⁴.

Asimismo, el tema de la viabilidad del uso del asturiano es tratado por Andrés González Blanco en un artículo sobre Vital Aza (“En Mieres del Camino. La casa de Vital Aza”, nº 166: 3 de marzo de 1917). El escritor acepta y admira algunas de las manifestaciones literarias en asturiano, ya existentes, pero no cree que sea esa la línea para la creación de una literatura regional:

² Así ocurre en:

“Los mártires de Quintueles”, nº 18 (2 de mayo de 1914)

“La guapa del pueblo”, nº 34 (22 de agosto de 1914)

“El novio de Odette”, nº 176 (12 de mayo de 1917)

“Flor de Romero”, nº extraordinario dedicado a Asturias (julio de 1918)

“El diablo en casa”, nº 122 (29 de abril de 1916)

³ MARTÍNEZ CACHERO, José M., *Antología de narradores asturianos (1824-1877)*. Tomo I, Salinas (Asturias), Ayalga, 1982 (Colección Popular Asturiana, nº 56), nota a pie de página nº 2, pg. 9.

⁴ RAMOS, Miguel. *Sociedad y literatura bable (1839-1936)*, Silverio Cañada, Editor, 1982 (Biblioteca Julio Somoza), pp. 16 y 18.

“El dialecto en Asturias, el bable, se pierde porque no hemos logrado hacer de él algo dinámico, como en Galicia lo han logrado á medias y en Valencia poco menos. (No me refiero al catalán o al eúskaro, que considero idiomas con tan rancia prosapia, de tan formidable vitalidad como el castellano, y sólo obtusos ó gentes de mala fe pueden negarlo.) El hecho es que se pierde de día en día, y la tendencia en Asturias no es á perfeccionar el bable, sino á hablar cada vez mejor el castellano. Deplórelo quien quiera: por mi parte, bien perdido está. Yo siempre leeré con deleite *El niño enfermo*, de Caveda, algunas composiciones de Juan María Acebal, ciertas graciosas poesías de Teodoro Cuesta, paisano de Aza; tal cual composición de Pachín de Melás ó de Marcos del Torniello, que son hoy las dos únicas vestales del bable, la sacerdotisa anciana y la sacerdotisa joven; pero de eso á creer que se puede hacer un teatro dialectal, va un abismo. Teatro regional, de ambiente, en buen hora; ahí tienen los jóvenes dramaturgos astures, como modelo, *La Pravianana*.”

Efectivamente, en el capítulo V de *Bable y regionalismo* -“De principios de siglo a los años treinta”-, García Arias manifiesta:

“...en el plano teórico el bable sigue todavía llamando la atención, bien porque se alimente la creencia de que no todo está perdido, bien porque se pretenda negarle toda posibilidad”⁵.

En el caso del cuento titulado “El gaitero de los Beyos” (nº 8; 21 de febrero de 1914), la presencia del asturiano es más cuantiosa: por una parte, el narrador, que nos habla en castellano, desliza algunos vocablos propios de nuestra región en su discurso: “ferradas almadreñas”, “díjome”, “rapaza” y “argayu”; por otra parte, los parlamentos -en asturiano- de una muchacha y, sobre todo, del anciano, configuran el grueso del relato; he aquí algunos ejemplos:

“Contómelo mi agüela, cuando niña, una noche muy negra, xunt’al fuego, mientras maza-ba la manteca...Dé la güelta señor...”

“Un día presentóse en la casa un home extraño. Era roino de cuerpo, languatero, y tenía en los güeyos el verde engañador d’una esemeralda. Rellumaban como los de un gato que maulla xunt’al fuego. Díjome que venía por el mío mozo... Que se lo diera p’andar nél mundo,

⁵ GARCÍA ARIAS, Xosé Lluis, *Bable y regionalismo (Lo que dixeron y aina dicen dellos asturianos de la so llingua)*, Uviéu, Conceyu Bable, 1975, pg. 46.

tocando en fiestas de príncipes y reyes... Aquello dióme espanto, señor... Quise echarme sobre él, y ahogarle...; pero él fuyó culebreándose como una salamandra y gritó n'a ventana prometiendo robar el mío neñe..."

También se reproducen algunas líneas de una canción -"de un olvidado trovador de las riberas del Sella"- que el anciano cantaba a su nieto:

*"Con chaleco de cien picos,
faja colorada y nueva,
los calzones de pedrosu
y terciada la montera,
arrebálgase Perico
ena danza, y llancia fuera
del pechu ijujú tan grande
que plasma tóa la rueda..."*

No obstante, también en este relato, el asturiano es la lengua de las gentes rurales, mientras que el narrador -que cuenta una vivencia personal- utiliza el castellano, aunque, como se ha indicado, introduzca algunos vocablos autóctonos en su discurso como narrador propiamente dicho, todo lo cual confirma la tendencia general señalada por Ramos⁶.

En el número extraordinario dedicado a Asturias, que se publica en julio de 1918, se reproducen los conocidos versos de "Cantar y más cantar", en los que Acebal canta las bellezas de la tierra asturiana⁷; *La Esfera* presenta este poema como "una joya de la poesía bable".

En cuanto al poema escrito en asturiano, forma parte de un ciclo publicitario llevado a cabo por los jabones "Heno de Pravia". Sin duda, la casa Gal es una de las que con más frecuencia se anuncia en las páginas de *La Esfera*: la portada dura que aparece en los volúmenes encuadernados reproduce las obras presentadas a un concurso de carteles sobre el mencionado jabón; posteriormente, ocuparán esta misma portada los dibujos de muchachas ataviadas con los trajes típicos de cada región y, acompañando la ilustración, aparece una poesía alusiva a las virtudes de Heno de Pravia. En el n° 184 (7 de julio de 1917), dicha portada corresponde

⁶ Op. cit. en nota n° 3.

⁷ Los versos publicados reproducen exactamente *Cantar y más cantar: impresiones de Asturias*, Uviéu, Escuela Tipográfica del Hospicio Provincial, 1911.

a Uviéu y el poema está escrito en asturiano; resulta curioso el hecho de que todos los demás poemas estén escritos en castellano.

Los ejemplos del uso del asturiano encontrados en las páginas de esta publicación parecen confirmar la tendencia a la diglosia comentada y explicada por Ramos⁸: el castellano se afianza como lengua de prestigio y el asturiano va quedando reducido al ámbito de la reproducción costumbrista (González Blanco) o de la evocación lírica (Acebal); todo ello iría relegando su uso al ámbito doméstico (lengua materna, pero de uso restringido e, incluso, censurado) y fomentando el rechazo de las clases populares, deseosas de atenerse a la norma que goza de prestigio y que representa a las clases superiores: el castellano.

⁸Op. cit. en nota nº 3.

CUENTOS ESPAÑOLES
EL GAITERO DE LOS BEYOS

Los últimos romeros de Biboti habían pasado cantoreando su tonada gímitie. Yo la noche, vibrante de misterios, los cayendo silenciosos y helados.

A lo lejos, en la penumbra, una figura avanzaba á paso diligente, al compás de sus feroces almadrenas.

—Sentas y buenas noches nos dé Dios—dijo-me en voz medrosa y oída.

Era una rapazuela sana y fuerte, de formas precozmente buriladas de hembra núbil, alaviada con pobre vestido en domingado. Cefia su cuello robusto y carnoso con una cinta roja que le daba aspecto de etimilla adolescente.

—¿Aonde va el señor?—siguió hablándome la muchacha.

—A San Ignacio de los Beyos—respondí.

Continuó charlando la rapaza con un murmullo de voz familiar, como esas voces bondadosas que nos advierten en la proximidad de una melanzana.

—Vuelvete su merez... Ea otrevidó pasar de noche la Cruz de los Vellederos, muy cerceza de onde vive el vieyo de la luenga barba. Yo he devoto de día el tezo del molín, terminado de la fiesta de Biboti, y he visto la casaca cerrada... El vieyo de la barba alinda de noche, á les alas boras, á los probes caminantes que pransa buscando albergue ó almendando padrenueves p'alcantar limones... Comió-melo mi agüela, cuando m'ita una noche muy negra, xuní el fuego, mientras mataba la maneca... De la güella señor... ¡Mire qu'el diablo las emeda! Tengo pa mí el vieyo ando comiendo p'ende abáiso, pa que los perros no le lladren ni le apedrusquen los rapaces.

La voz de la muchacha devió en mi una íntima separación de misterio. La historia que me abuela le contara se me antoió un relato de comedia, y pensé en ver al vieyo de la luenga barba.

II

Era una casa vieja y triste, con las paredes verdinegras y una ventana aguada, en cuyo alfileraz cercenido y desabecho, algunas manzanas se habían perdido el sol. Allí cerca perillaba su mole rústica, un antiguo molino peliercal, cuyos verdones aguas cascaban en el silencio de la noche una lenta selmodia.

Las copas de sus árboles se cimbraban con algunas melarcolia; algunas gotas de agua, cayendo entre el ramaje, resbalaban con un intermito sonido sobre las hojas, en su constante tembloro.

La casa estaba silenciosa, como una ermita dormida en el campo.

Di un golpe en la puerta des enciada y estréchia, que repercutió en el fondo como una queja liguere y apareció un vieyo centenario, con el cuerpo debilitado, la cara, toda arrugada, de pergamino histérico y los ojos grises sombreados por abundantes cerdas blancas. Un mechón de cabellos nublados, le colgaba sobre la frente, y sobre el pecho le ceta la barba lurguísima y revuelta. Vestía el calzón corto de los hombres de

la montaña y cubría su cabeza con la clásica mimitra atrevoaplada y negra.

—Pase en buen hora el señor—diciendo que crecese á mi choza—dijo el vieyo, atrancando la puerta con la mano rugosa y flaca.

Me acordé de la rapaza y noal miedo, ese miedo interior, hondísimo, que nos inspiran las cosas viejas. La vivienda era renegrada y obs-

curumbre imemorial dexarme aquí solo por las xechas. Una leyenda de encantamiento me rodea... Los hombres me persiguen, los rapaces me insultan, los perros me lladren... Diz que soy brujo y nadie pasa por mi choza sin coniararme, haciendo una cruz sobre la palma de la mano.

Yo, entre tanto, me arrastro en mi vivienda, ahogando mis tristezas. Mire, señor, ¿no le parece que angunos hombres malos fimen muertos los güeyos pa leer en el fondo de las almas?

El vieyo hizo un alio para tomar respiro. Luego me hablió muy quedo, con la voz temblorosa, balbuciente. Poco á poco fo hojendo, hojendo el libro de su vida, y vibraron las páginas olvidadas. Unas, pinceladas y acorticiadoras; otras, tristes y sangrientas...

El pobre vieyo vivía en un valle de los Beyos, en una casa pequeñita y blanca, hundido dulcemente en la sanidad de la familia. Pasaba la vida encorvado sobre la tierra fértil en sus cristianos tarazas, silenciosas y humildes. A la noche, reposando el cuerpo caído en el encanfo, acorticiaba al niño que dormía en la cuna, arrullando con el compás de un teneto cabeceo, y le recibía cuentos y romances de un olvidado trovador de las riberas del Sela.

Con chaleco de cien picos, laja colorada y nueva, los calzones de pedrosa y terciada la montera, arrullábase Perico ena danza, y flanca fuera del pecho elajo tan grande que p'iesmo iba la rueda...

El invierno nevón inundó su dicha. Un polerito que agió una rama en la encima del molin, hizo caer el alio copo, que rodando, rodando, formó el rugiente argayo que entró la choza en un abismo de nieve. Allí quedaron sepultados los hijos de su alma. Sólo el niño, sonriente y bello, amaneció dormido en la cuna oscilante que se mecia sobre el lecho de la nevaca.

Su padre, un asturiano molinero, había levantado la casa y el molino. Allí escondió la pena de su bien perdido y allí creció el mozuelo, vivaracho y travieso, al rumor de las aguas de la presa que se p'iesaban al sol. Su voz, en el silencio del valle, sonaba acorticiadora y asurruante, como esas de la gloria que nos cuentan los libros infantiles. Era rubio, era blanco, porque las buenas hadas pusieron en su cuna, cuando nació, rayos de aurora y nieve de las cumbres. Sus ojos tenían pinceladas de cielo; sus pestañas tendían leve ala de sombra sobre las mejillas sonrosadas, y los labios sangrientos y encendidos parecían una flor que va á deshojarse.

Enseñóle el anciano á tocar la gaita ribereña, que en sus tiempos de mozo soplabo en las fiestas de los pueblos. Á la tarde, la enorme simonía sonaba en la quietud de la montaña con un dejo de melancólica emersura, mientras él, vuelto los ojos al pasado, delataba en el libro de su vida. Quería que el rapazuelo fuese el héroe de las fiestas, el gaitero del valle que cruzase los pueblos ribereños, soberano y triunfante.



cura. Un luego mercedino se apagaba en el tuculo, una luz pestiferaño agonizante y un silencio claustral y frío llenaba la estancia.

III

Habló el vieyo. Su voz trémula parecía venida del misterio, y con inliferanza de bondadosa franqueza bisbosaba su relato al amor de la lumbre.

—Amé Dios salve mi ánima, señor, como es

IV

El viejo hipó un suspiro. En el transcurso de su relato, su voz austera y noble, había adquirido tonalidad, vigor, calor de juventud. Ahora temblaban las palabras en sus labios y una lágrima de infantil tristeza brillaba en sus pupilas apagadas.

—Oiga, señor... Un día presenté en la casa un hombre extraño. Era rojizo de cuerpo, lenguaje raro, y tenía en los ojos el verde engañador d'una esmeralda. Brillaban como los de un gato que maulla xuní al fuego. Díjome que venía por el mio mozo... Que se lo diera p'andar n' el mundo, tocando en fiestas de príncipes y reyes... Aquello dióme espanto, señor... Quise echarme sobre él, y ahogarlo... pero él fué catibreadándose como una salamandra y gritó n'a ventana prometiendo robar el mio niño...

Y aquella noche el viento aulló en los huecos de las peñas y el río desbordóse, salido de su cauce, empujando una triste balada de espumas. Había sonado dulcemente la sinfonia de la gaita y el mozo dormía, temblando en los brazos una aorria de ensueño, mientras el anciano velaba junto á los sillones tapados encendidos.

De pronto, el bombecillo brotó de entre las sombras y echó sus manos martiricas y largas sobre el cuerpo del niño, alzándolo en el aire. Después, corrió como un fantasma irgético y cruzando el sendero, hundióse en el río soberbio y espumante, con aquel verde engañador de sus ojos, como el de una esmeralda.

—Dios m'ampare. Yo vi al calor de la luna de invierno la cabeza del mio anéxilo colándose en el río... ¡Probrú mio! ¡Era guapo como un ramiquín de roxal!

El abuelo lloraba inconsolable. Su pecho, suspirante, temblaba con el dolor de la larga congoja. Aquel plañir hacía miedo en el silencio de la noche.

—Mire el señor l'andanza

de este embrujo que me rodea. Todos los días, tempranico, bajo el burrij matinal, y por las noches, entre el claror de l'estrellines, yo aguardo el paso de las xostas por este paisaje desolado, preguntándolas por el mio gaitero... Aquí me encuenbran muchas veces, entimicido por las decañilladas de la ventisca... Antaño, una noche, el lujit del viento trajo el garguier de la gaita. L'estrellines lo saben, mio señor... Suena la zanfonia tristemente, con eco de quejumbre que m'ahová... Yo le oigo... Parece un pasarin bebiendu el so plumóte, revolando en los rincunes del mio albergue, en lo fondo más fondo de mi alma... ¡No lo oye su merced? Agorra comie entré el xidiar del moite... ¡Escuche! ¡Escuche! ¡Huuu!... Es el neñe que pena, el anxélio que llora... ¡Huuu! ¡Huuu! ¡Probrú de mio alma!

Y el viejo de la barba desplamóse en el suelo, ahogado en un sollozo desgarrante.

VI

El cierzo helado que agiaba el ranase, llepaba hasta la casa en ráfagas de rabioso ulular. Apagóse la luz agonizante, y la fluvia furiosa goteó rudamente por el cañón de la alta chimenea.

Sobrecogido de espanto, yo escuchaba también, por una perversa demencia interior: ¡Huuu! ¡Huuu!...

José MONTERO

DIBUJO DE ALVARO



La Esfera, nº 8 (21 de febrero de 1914)



La Esfera

Año IV — Núm. 184

OVIEDO

*Hace mucho tiempo, mucho,
y non ye groma, rapaza,
que tienes, cuando te miro,
pintadú'l gozu na cara.
Tos güeyos, ya no son güeyos,
que son una llumbrarada
de lluceros y estrelines,
que al mesmu sal danle rabia.
Las señorinas de Uviéu
agora envidian los galas
y el rapacín del Pedrosu
está por tí que non fala.
Dos mil ixaxis s'escuchen
en la fonte, cuando pasas,
porque pa galer á gloria
non ye menester manzanas,
desde que llimpias las manos
con Jabón Heno de Praviu.*

La Esfera, nº 184 (7 de julio de 1917)